

LA AGONÍA DE JULIÁN BACAICOA

Cristián Sahli Lecaros

Primer premio
II Certamen Literario
Didaskalos 2019



COLECCIÓN

d i d a s k a l o s

CRISTIÁN SAHLI LECAROS

LA AGONÍA DE JULIÁN BACAICOA



1.ª edición: julio de 2019

Autor: © Cristián Sahli Lecaros

Editora: Amelia Allende

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-23353-2019

ISBN: 978-84-17185-30-5

Maquetación y portada: M.^a Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i><u>Págs.</u></i>
ÍNDICE	7
DIEZ DE LA MAÑANA	9
10:02	9
10:17	16
10:25	24
10:38	30
10:43	38
10:50	44
10:58	54
ONCE DE LA MAÑANA.	59
11:03	59
11:10	67
11:16	72
11:24	79
11:35	88
11:44	98
11:56	105
MEDIODÍA.	115
12.02	115
12.11	125

	<u>Págs.</u>
UNA DE LA TARDE	135
13.00	135
13.50	142
DOS DE LA TARDE	157
14.03	157
14.09	165
14.15	174
14.23	183
14.32	191
14.35	196
14.43	200
14.55	207
14.58	211
TRES DE LA TARDE	213
15.00	213
15.02	219

Diez de la mañana

10:02

Un rayo de luz le iluminó los párpados, pero no abrió los ojos. Ya casi no podía. No en vano se cumplían noventa y tres años desde la primera vez que los había abierto.

Solo veía recuerdos, imágenes nítidas que se sucedían una tras otra a la vertiginosa velocidad del pensamiento. Su memoria sí podía ver. Por lo demás, lo de fuera ya no le interesaba casi nada.

Durante los últimos años había dedicado días enteros a mirar desde el balcón de su habitación: los nuevos modelos de coches que pasaban por la calle Mirador de la Reina, la ropa y los peinados de los chicos que entraban y salían del polideportivo, las señoritas y las señoras que frecuentaban la peluquería, lo que sucedía en el patio de la vecina Comisaría de Policía Nacional...

Pero ahora ni siquiera esa manzana de su confinamiento en Mirasierra, hermosa pero insignificante, llamaba su atención.

Percibió que la esponja se desplazaba por su torso. Hacía varios meses que no podía asearse por su cuenta. No sentía vergüenza. Su cuerpo era como una tabla rugosa y gastada, y su piel estaba seca y llena de incipientes escaras. Recordó sus pectorales compactos, hermosamente modelados, y el resto de su musculatura, que le había permitido caminar hasta principios de ese año sin ayuda de bastón.

La naturaleza lo había dotado de una virilidad fuerte y poco común, motivo de admiración femenina y de autocomplacencia. Desde que tenía uso de razón había sido consciente de su atractivo. Se lo habían manifestado tantas mujeres con miradas y palabras. El deporte y la gimnasia diaria habían sido parte importante de su rutina y dentro de su horario siempre había un momento reservado para el ejercicio.

Pero ahora todo era caducidad. De ese árbol frondoso quedaba solo un tronco caído por el que apenas circulaba savia.

Para él, contemplar cuerpos ajados y macilentos como el suyo no era un misterio. Los encontraba a diario en el ejercicio de su profesión.

De improviso le vino a la cabeza cómo disfrutaba escandalizando a las enfermeras.

—Doctor Bacaicoa..., el paciente tiene escaras de cuarto grado.

Conocía perfectamente la gravedad de la situación, el dolor que producía el daño a la piel y la necrosis del tejido contiguo, y sabía que el músculo subyacente o el hueso podían dañarse, si no lo estaban ya.

—¿No sabe usted cocinar? ¿Qué hace cuando un filete se está quemando? —Y agregaba, con una risotada—: Le da la vuelta, ¿verdad?

Esa mueca de desconcierto de las muchachas le parecía deliciosa. Y añadía, con el gesto de la mano:

—Hacia un lado y hacia el otro, una y otra vez, hasta que el filete ya esté asado.

Le volvía loco aquella furia en los ojos femeninos, con un brillo diferente y nuevo cada vez, al verse obligadas a responderle:

—Sí, doctor, como usted diga, doctor.

Todas sabían que jamás lo iban a despedir del hospital.

Era el mejor oncólogo del país.

Le rebeló pensar que eso no hubiese durado para siempre. A pesar de haber vivido casi una centuria, no había terminado de comprender que las mentalidades y el mundo cambiaban. Y en los últimos tiempos lo hacían más rápido que nunca. ¡Quién iba a decir que al final de su gloriosa carrera tres enfermeras intentarían quitarle todos sus méritos! «Abuso de autoridad. ¿Qué

es eso? Lo mío no fue más que ironía –pensó el viejo Julián–. ¡Pobres idiotas esas mocosas!: venir a denunciarme por violencia psicológica y agresión verbal reiterada».

El anciano recordaba con rabia cuando recibió esas cartas del Comité de ética del Museo Nacional de Arte Reina Sofía y de la Sociedad de Oncología Española. Llevaba años de jubilación...

Ahora sintió la esponja a la altura de sus tobillos. Estaba a punto de acabar el aseo de su cuerpo. Por eso no le extrañó oír la voz de David, su enfermero:

–Buenos días, don Julián. Pensé que seguía dormido..., por eso no le había saludado. ¿Cómo se encuentra?

El enfermo no respondió. Tenía sus cavidades y fosas nasales llenas de flema. Hablar le suponía un esfuerzo que no estaba en condiciones de realizar. Un par de días atrás lo había intentado, pero le brotó un sonido irreconocible, que lo desmoralizó enormemente. ¡Su voz había sido siempre tan armoniosa y segura! No quiso mortificarse otra vez. A cambio, desplazó levemente una ceja. David se dio por satisfecho.

–Me alegro, don Julián. Voy a buscar a mi compañero para darle la vuelta y hacerle las curas.

Pocos segundos después cuatro brazos lo giraban delicadamente. Le fastidiaba un poco conmovirse al recibir esos cuidados. Pensó en sus hijos. Les había dado todo lo que pedían. ¿Por

qué no estaban ahora allí, a su lado? No encontró respuesta a aquella separación tan drástica. Muchas veces les había culpado de desamor, pero empezaba a dudar. ¿Y si era él el responsable?

Jamás olvidaría el día en que lo llevaron al Senior Village, la casa de reposo. Aunque fuera como un hotel de lujo, seguía siendo eso: un hogar de ancianos y nada más. Sus gestores, estadounidenses, acababan de expandirse y aquella era su primera casa de reposo en España. Él tenía experiencia de lo bien que hacían las cosas los norteamericanos y eso era lo único que le producía algo de satisfacción.

—Papá —le había dicho su hija Carmen al terminar el postre el día de su noventa cumpleaños, abrazando su mano entre las suyas—, estoy muy preocupada... Vives muy solo y yo apenas puedo acompañarte como quisiera. Mis hijos cada día me necesitan más... —sonrió, con tristeza—, y ahora también mis nietos. ¡Cómo me gustaría que Antonio estuviera aquí y no en Buenos Aires! Después de cuarenta años creo que ni se acuerda de nosotros.

¿Hacia dónde iba su hija con aquellas palabras?

Luego de un breve silencio, ella aclaró sus dudas:

—He recorrido muchos lugares y he elegido el mejor. Te voy a llevar a conocerlo. Estarás atendido por gente muy preparada...

Ni siquiera le preguntaron su opinión. Nada.

A la semana siguiente se sintió como un saco de patatas, arrumbado en una esquina del mundo. Los primeros meses algunos le visitaron esporádicamente. Luego, una que otra llamada telefónica. Finalmente, nada.

Tres años más tarde, en su aniversario, solo le llamó su hija:

—Papá, no te imaginas la pena que me da no poder ir a verte... Lo haré antes de que termine la semana. ¡Te lo prometo! Todos te mandan saludos cariñosos. ¡No nos hemos olvidado de tus pasteles favoritos!

Pero él no podía comer pasteles, ni pastas, ni tartas. Desde hacía tiempo tenía la glucosa peligrosamente alta. Además, el cariño no era intercambiable por azúcar.

Carmen pasó al día siguiente un momento. Se mostró muy cariñosa y arrepentida, y Julián lo agradeció.

«Lo peor de todo es el aislamiento psicológico —pensó—, la sensación de ausencia, el percibir que no existes».

¿Y Antonio? La relación con su hijo había sido siempre difícil, por no decir trágica, a pesar de darle toda la libertad. Julián nunca quiso hacerle pasar por lo que él había padecido en su infancia, pero quizá exageró las cosas. Tenía que haberse mostrado más cercano y señalarle algunos límites. «Además —se dijo—, darle esa autonomía me permitía asegurar también la mía...».

Desde hacía muchos años la presencia de Antonio se había disipado en su vida, hasta desaparecer.

Julián Bacaicoa ha alcanzado la cúspide en su profesión y se ha convertido en el más connotado médico español especializado en oncología. Ha dedicado todos sus esfuerzos, su tiempo y su vida a la curación del cáncer. Ha recorrido el mundo cosechando aplausos y reconocimientos, llegando al vértice del prestigio humano. Su satisfacción y su orgullo no tienen límites. Es un hombre seguro de sí mismo, de su valía, de su poder. Mal que mal ha salvado la vida de incontables enfermos. Pero, ¿ha salvado su propia vida?

Llegado el momento en que todo tiene su final, ya anciano y enfermo, Julián se enfrenta a su propia existencia, marcada por una angustiante soledad. Poco a poco van apareciendo en su mente los años transcurridos, su actuar en cada circunstancia. Aunque no lo quiera, resulta inevitable que se pregunte si logró alcanzar la felicidad, y más aún, si consiguió hacer felices a quienes le rodeaban. Julián hace un doloroso recorrido en su afán de llegar a la verdad.

Una obra emocionante e inolvidable que lleva al lector no solo a cuestionarse lo que significa verdaderamente vivir, sino a un mundo de esperanza y de perdón.

